

Gerona libertada
ó
el triunfo de la Cruz.

(Nº 106)

Romance histórico.

In hoc signo vinces.

I.

— Duerme, duerme Carlo-Magno,
duerme orgulloso guerrero,
que las fuerzas que te faltan
no has de hallarlas en el sueño.
Mal pensamiento tuviste
viniendo aquí á poner cerco,
que ni me arredran tus tauras
ni menos tus cruces temo.
No ha de ser tuya esta joya,
por quien soy que te prometo,
mientras detras de estos muros
se alce un muro en cada pecho.
¡Guay! de los tuyos, cristiano,
¡guay! de los tuyos te advierto,
si cruzar llego á los mios
que ignoran ser lo que es miedo.
Si en tu proyecto persistes,
presente ten el brazo,
que de sus madres leonas
la ardiente leche bebieron,
y que al embrazar la adarga
como al tirar de su acero,
ni la sueltan, ni lo embainan
si no triunfantes ó muertos.
Poco me importa que altivo

llevan tu fama los vientos,
desprecio tu nombradía
cuál tu arrogancia desprecio,
y por Alá que te juro
que á las plantas de mi ovoero,
tu orgullo, Espanto de Europa,
he ves sin mas treguas puesto.

De Cordova nuevas lauras
van á llegarne al momento;
vienen hambrientos de gloria,
vienen de sangre sedientos.

No hay salvacion para ti;
de nadie esperes refuerzo;
no han de acorrerte esos condes
que en Mayp son te escuderos;
ni tampoco con la ayuda
cuentes de esos amuletos,
que de tu aron suspendidos
fama es que cuentas con ellos;
pues con tu copa de oro
juro en mi havem beber luego
y labrarne con la plata
de esa tu virjen un peto.

Hiembra orgullero monarca,
hiembra cristiano guerrero,
que mal pensamiento tubiste
poniendo á Gerona cerco.

Esto decia Mahomet,
el Wali moro, soberbio
mirando desde una torre
de Carlos el campamento.

Serena estaba la noche;
clara la luna en los cielos;

Dentro su tienda el monarca
cabe à su caballo negro.
Sobre el escudo tendido,
prieta la espada en el pecho;
de francos y catalanes
ve la Carlo-Magno el sueño.

— Señor, exclama el candillo
levando su vista al cielo;
Señor que encendeis el rayo,
Señor que enfrenais los vientos,
Señor que des las alturas
árbitro sois de los pueblos,
y para quien lo imposible
no es posible pueda haberlo;
Vos que una aurora de gloria
frente mi ojo heis puesto,
cercando mientras dormía
con verdes palmas mi lecho;
y vos Señor, que radiante
vuestra cruz divina en sueños
habeis mostrado à la vista
de mi atribulado ejercito;
misericordia, Dios mio,
misericordia, Dios bueno,
propicio sed à mis armas,
del triunfo inspiradme el medio,
y obligando à que el impio
doble ante la cruz su cuello,
vea Señor, con mis ojos
trocado en verdad mi sueño.

Dice y rumor de caballos
sefoye de pronto à lo lejos:

del fier en la opuesta orilla
fulguran sauras e' tejelmos.

De la noche entre la bruma
sobre potros corvederos
randa avanza una meznada
y a su frente un Caballero.

Roja sèvera acarician
las auras en medio de ellos:
crusan el vado a galope;
la corriente a' medio cuerpo.

Por el fragor que levantan
deja Carlo-Magno el lecho;
blande en su diestra la espada,
la adarga en su brazo izquierdo.

— Gran Dios, prorrumpe el monarca,
Cielos oisteis mis ruegos;

y a' de sus bravos seguid
Venga Arnaldo a' mi refuerzo.

¡Vra! al arma! mis soldados,
¡sus! arriba! mis guerreros;
no demos par a la mano,
descanso al hierro no demos;
que a'ovito mire el mundo
mañana, mediante el cielo,

la irresistible pujanza
de la Cruz por que peleo.—

Dice, cuando en esto arriba
de espuma Arnaldo cubierto,
quien no bien salta del potro
lo estrecha el rey contra el pecho;
entanto que el Wali' moro

dicen:— Soberbio refuerzo,
cien lauras que el orin roe,
y un ineñil caballero.

II.

Deciende el sol á su ocaso:
la ciudad cercada, vela:
nube de blancos turbantes
se ve detrás sus almenas.
De lauras mil erizadas
sus torres semejan selvas:
chispas despiden cien ojos
al traves de sus saeteras.

De las luestras sitiadoras
las broncas nácaras suenan:
guyos á los vientos flotan
sus penachos y senetas.

Carlo-Magno al pie del muro,
sobre el bridon que refrena,
la fuerte espada en la mano,
de esta manera se expresa:

— ¡Hurra! al asalto! mis bravos!
no demor ya al triunfo treguas;
de nuestro aliento á los siglos
sean testigo esas piedras.

¡Dus, mis valientes! al muro!
gime Genova en cadenas:
de nuestro braso al empuje
caigan en polvo deshechas.

Nano es que á tanta pujanza
se oponga tanta soberbia:

nuestra va a ver la victoria:
Dios con nosotros pelea—
Dice y de pronto se inflaman
los aires en roja niebla:
Desde el seno de las nubes
sangrienta lluvia gotea,
y como una asina encendida
que el abrego fiero aventan,
sobre el alcázar moruno
roja una cruz centellea.

Sitiados y sitiadores
frenan al viento la lengua;
tan solo el Wali es quien ora
de esta manera con reverencia:

— Mucho te engañas cristiano
si esa cruz crees me arredra;
no me arredrara aun que el rayo
ves sobre mí despidiera,
que antes que ser tu vasallo,
Carlo, preciso es que sepas
tengo jurado a Mahoma,
comera' a Mahomet la tierra.—

Estrepito de bocinas
son al Wali la respuesta:
suena trueno y choque
de espadas, lanzas y picadas.
Bota hasta el cenit el polvo;
la Marca entera rebiembra;
caen sin forma los muros;
quedan sus torres deshechas.

Los francos y catalanes
como leopardo, pelean;
sobre las ruinas los moros
resistente como liegas.

— ¡Victoria, victoria, grita
desde la alcavarda, brega
Carlo, blandiendo la espada
mas que su capa bermuja,
— No quede ni uno con vida,
tan solo quede con ella
quien de la crueldad pudo
por que a respetarla aprenda —
Dice y hundiendo en la panza
de su brida las espuelas,
inan que a otro liebro atrae
dentro el recinto penetra.

Levan las lanzas volcane;
mueven huracan las flechas;
por la lluvia y la matanza
lago de sangre es la tierra,
y de mastotas y jaigues,
bonetes y tunicelas
colorada de bote en bote
del fier la corriente rueda.

III.

Carlo-Magno de rodillas
la enseña cristiana adora:
sobre el altar deposita
su espada hasta el pomo roja.

Del altar en la puerta
llora el Wali de Gerona:
la barba en el pecho hundiéndola
lamenta así su derrota:

— Funesta suerte la mía,
menquada estrella traidora
que si me guarda la vida,
me mata en cambio la honra.

Harbe mis ojos se abrieron:
se abrieran antes, Gerona,
que ni cautivo me vieras,
ni te llorara yo ahora;
pues que á saber que debía
beber tan negra proviensa,
de mi junal dama: quise
me librara antes la hoja.